IMPRESIONES DE LA GUERRA

CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

—POR—

Ernesto L. Usatorres Perdomo

Comandante del Cuerpo Jurídico



GUANAJAY

Imprenta «La Generosa» San Rafael 17

1899

IMPRESIONES DE LA GUERRA

CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

—POR—

Ernesto L. Usatorres Perdomo

Comandante del Cuerpo Jurídico



GUANAJAY

Imprenta «La Generosa» San Rafael 17

1899

A LOS LECTORES

Publico este pequeño libro sin pretensiones. No quiero darme tono de literato ni de historiador.

Son estas páginas pequeños apuntes tomados á la lijera en el campo del combate, ó impresiones recibidas durante la campaña.

Los críticos, siempre á caza de *gazapos* literarios, no vayan á desatar sus iras contra esta modesta obra.

Muchos patriotas de última hora que han cojido el nombre de la patria para explotar á los incautos y especular con el patriotismo ageno, se han dedicado, ya á organizar fiestas, ya á publicar libros ó periódicos *cuyos productos*—dicen—*se dedican* á la fuerza tal, al Club cual ó al jefe B. pero que en realidad, dedican á su bolsillo.

Yo, con esa franqueza que Dios me ha dado, os participo que los productos de este libro los dedico......... *á beneficio mio.*

Ernesto L. Usatorres Perdomo.

A MI HERMANO

Rafael Usatorres Perdomo

Querido Felo:

Buscando andaba en mi pensamiento durante largo rato á quién dedicar estas pobres páginas, cuando me acordé de tí.

La ferocidad española no estaba satisfecha con mantenerte encerrado entre las rejas de la cárcel de la Habana, y gracias á la trama de seres degradados, fuiste lanzado á las obscuras mazmorras de las prisiones de Ceuta y cargado de cadenas.

Allá lejos, en extranjero suelo, no pudiste, ya que no tomar las armas, porque ya estabas preso desde antes de la guerra, ni siquiera percibir la brisa ensangrentada de tu Cuba, los quejumbrosos rumores de sus mares cantando las proezas de sus héroes, ni llegaron quizás hasta tí las grandezas de esta épica contienda.

Tú no oiste el horrísono retumbar del cañón vomitando metralla contra los cubanos en el campo, ni las atronadoras descargas de los maussers repercutir en el espacio; tú no oiste al

inmortal Maceo, el titán de nuestra heróica epopeya, en Cacarajira y Caja del Negro, á la cabeza de las huestes libertadoras, hacer rodar á centenares á los sicarios del gobierno español, sembrando en ellos el desconcierto y la desmoralización; no viste á los niños, á las mujeres y á los ancianos atravesados por las bayonetas españolas ó macheteados á mansalva por los infames guerrilleros; no saboreaste la SABROSA *carne de majá, los* SUCULENTOS *chicharrones de cuero de taburetes, el* APETITOSO *palmito, ó los* MAGNIFICOS *calalús de yerbas; no dormiste en el suelo húmedo recibiendo de lo alto una lluvia torrencial...... Pero oiste el ruido de las cadenas del presidio ó el sacudir de llaves del carcelero; viste á los déspotas y bárbaros guardianes apalear á los infelices deportados; estuviste en el inmundo calabozo del* SOLITARIO *donde se entra para no salir jamás; dormiste sobre el duro suelo de aquella mazmorra y saboreaste el menjurje indecente que te había de servir de alimento.*

Lee estas mal perjeñadas páginas; que aunque ellas no son la historia de la campaña de Pinar del Rio, porque yo no tengo condiciones de historiador, te darán una idea de la grandiosa obra que en Vuelta Abajo realizamos los cubanos. Estas páginas, son algo de lo mucho bueno que aquí se hizo.

De lo malo no te hablo, porque no es ahora el momento oportuno.

Cuando yo publique mi libro LA GUERRA POR DENTRO, *entonces si podrás saber lo que quiere decir esta palabra: GUERRA.*

LA "COMPETITOR"

EL EMBARQUE

A las ocho de la noche, hora en que la luna derramaba su plateada claridad sobre las arenosas calles de Cayo Hueso, nos dirijimos en grupos separados de cinco y seis, hácia el muelle de la casa Curry & C^a.

La pequeña goleta *Competitor* estaba aún fuera del agua, sobre el dique, reparándose de grave avería, sufrida la noche anterior al realizar la primera tentativa de marcha. Había estado haciendo agua y había que evitarlo para poder ir á Cuba. Ascendimos como pudimos á la cubierta, bajamos luego á la bodega donde nos acurrucamos los cuarenta y ocho individuos que componíamos la expedición. Al frente de ésta venía como Jefe marítimo Alfredo Laborde y como Jefe terrestre el veterano Coronel de la guerra del 68, Juan Monzón.

A las dos horas caminábamos con rumbo á la tierra prometida. El siguiente día se presentó tranquilo y sereno. La goleta marchaba con una lentitud desesperante. Por la noche nos detuvimos frente á Cabo Sable, cuyo lugar era algo así como nuestro depósito de armas y pertrechos. Allí recojimos el convoy de guerra, consistente en unos 200 armamentos, 60,000 tiros, dos botiquines bien surtidos, dinamita, pólvora, dinamos, fulminantes etc.

Transcurrieron el segundo y el tercer día con la misma calma. Al cuarto se levantó un fuerte brisote y pudimos adelantar algo. Al amanecer del quinto día – 25 de abril de de 1896 – descubrimos en el horizonte las elevadas sierras de los Organos.

Laborde, parece que no llevaba plan fijo ni lugar determinado para efectuar el desembarco. Como á la una de la tarde descubrimos con el auxilio de los anteojos algo así como un pequeño pueblo.

—¿Quieren desembarcar ahí?—nos preguntó Laborde á los que componíamos la Plana Mayor.

Todos, deseosos de pisar tierra cubana, cansados de aquella navegación tan penosa, anhelosos de compartir con nuestros hermanos las penalidades de la guerra, le contestamos que sí, y Laborde puso proa á tierra.

EL DESEMBARCO

Nadie se detuvo á pensar en si aquello era un pueblo de importancia, fortificado; y en si encontraríamos allí resistencia ó nó. Lo que queríamos era llegar; en último caso, si había que pelear, pelearíamos.

Antes de anclar, encontramos un bote con dos pescadores; se les hizo seña de que se acercaran y así lo vérificaron. Todos aconsejamos á Laborde que prendiera á dichos individuos porque nos podían denunciar; pero se negó á ello so pretexto de que eran cubanos como nosotros. Se les dejó en libertad y anclamos.

Se echó el primer bote al agua y se enviaron á tierra veinte hombres para que practicaran una exploración.

¡Momentos de ansiedad y de solemne expectación aquellos! ¡Pisar tierra cubana! ¡Llegar á la patria irredenta para ofrendar nuestra sangre en holocausto de su independencia! ¡Confundirnos en estrecho abrazo con nuestros queridos hermanos y pelear como ellos, y como ellos oir el silbido de las balas y correr juntos los peligros de la contienda!.........Esa había sido nuestra constante y única aspiración y muy pronto la íbamos á ver realizada.

No había regresado aún el bote explorador y ya estaban otros tres botes en el agua cargados de armas, municiones y hombres. Nos dirijimos á tierra, y como los

botes demoraran algo para llegar al pequeño muelle donde debíamos desembarcar. los más impacientes nos echamos al agua para llegar más pronto.

Nos hallábamos en Berracos, un importante veguerío situado entre los pueblos de La Palma y la Esperanza. El lugar era una de las zonas más españolas de Pinar del Rio; por allí nunca encontró apoyo ni auxilio la revolución; el que no era guerrillero era voluntario. Es decir que habíamos desembarcado en campo enemigo.

Los habitantes de Berracos, huyeron á nuestra vista, pero los nuestros les cortaron el paso y los obligamos poco menos que á la fuerza, á que nos ayudaran á hacer el alijo.

EL CAÑONERO

No se había acabado de realizar el desembarco de la gente, cuando los pacíficos azorados gritaron:

- ¡Ahí está la cañonera!

Efectivamente, por detrás de los manglares se distinguía un buque de vapor.

Nuestros temores se habían realizado. Los dos pescadores nos habían denunciado y el cañonero español *Alerta* vino á darnos caza.

Bien pronto estuvo á nuestra vista.

Al disparar el primer cañonazo, bajaba de la goleta al bote nuestro jefe, el Coronel Monzón, con algunos compañeros más y se dirijieron á tierra.

Nosotros nos preparamos para combatir. El cañonero vomitaba metralla contra la goleta y un bote del buque enemigo se dirijía con gente armada hácia el lugar donde nosotros nos encontrábamos, haciéndonos un contínuo fuego.

Todos nos disponíamos á resistir; pero bien pronto nos convencimos de que íbamos á realizar un sacrificio estéril De la Palma habían salido numerosas fuerzas en nuestra persecución y de la Esperanza salió la guerrilla con el mismo objeto.

La situación era difícil, desesperada. Estábamos en campo enemigo y hostil, casi copados y sin conocer el terreno ni el rumbo que podíamos seguir para encontrar fuerzas cubanas.

¿Ibamos á morir allí para que fuera mayor la gloria

gloria de los españoles y más grande el botín de guerra que estos cojieran como trofeo de su hazaña? No; sabíamos que nuestros hermanos estaban sin parque y era necesario salvar algo de aquel naufragio.

EN MARCHA

Cada cual echó en su *jolongo* cuatrocientos ó quinientos tiros, y rifle al hombro, emprendimos una retirada triste y penosa: triste por el fracaso recibido; penosa por lo intrincado y escabroso de los caminos y el desconocimiento del terreno.

¡Que dolor sentía yo cuando volvía la cabeza y veía sobre la arena de la playa las cajas de parque y los montones de armas abandonadas! ¡Cuánta tristeza invadía mi corazón, cuando pensaba que á bordo de la *Competitor* quedaban algunos compañeros que no tuvieron tiempo de desembarcar y que probablemente serían víctimas de la saña española! ¡Elías Védla, Agustín Quesada, Oña Milton, Laborde y la tripulación!......¿qué iba á ser de ellos?

Marchamos durante toda la noche fatigosamente, escalando lomas terrribles, bajando cuestas, saltando barrancos, por entre interminables pinares, y estenuados por el hambre y el cansancio. A viva fuerza hacíamos que los pacíficos españolizados nos sirvieran de prácticos.

Cuando aclaró acampamos en un pequeño cayo de monte. No podíamos caminar de día, porque las guerrillas españolas seguían muy de cerca nuestro rastro.

Con un jamón, única cosa de comer que pudimos llevar con con nosotros, almorzamos y comimos los cuarenta y cinco hombres que formábamos aquella errante columna.

En cuanto llegó la noche emprendimos de nuevo la marcha. Entonces supimos por un sitiero, que por el día había pasado una guerrilla á diez metros del lugar donde estábamos acampados.

A medida que nos internábamos en el monte era más penosa la marcha y las interminables lomas se hacían de más difícil acceso. Después de haber cambiado de práctico tres ó cuatro veces, temiendo siempre una traición por parte de estos—dada su condición de anticuba-

nos,—encontramos un sitiero de color, que le faltaba un brazo, á quien rogamos nos llevara á donde hubiera fuerza cubana.

Accedió á ello, no de muy buena gana, asustado y lleno de recelos. Nuestro nuevo práctico era cubano de sentimientos y nos había tomado por guerrilleros. Yo por mi parte seguía temiendo de éste, como de los otros, que nos condujera á una emboscada ó á algún fuerte español; y más me confirmé en mis sospechas, cuando no cesábamos de subir y bajar lomas y de dar vueltas y revueltas sin encontrar á los nuestros, por más que el práctico contestaba á nuestras insistentes preguntas diciendo siempre:

—Ahoritica llegamos. Es ahí *alantico.*

Al fin, después que nuestro *cicerone* se hubo convencido de que éramos cubanos de verdad y al cabo de mucho caminar, nos llevó al veguerío de San Victor donde se decía que había un campamento cubano.

Llegamos ....y nada. No había nadie. La ranchería había sido abandonada el dia anterior según lo revelaban todos los detalles; los únicos seres vivientes que encontramos fueron algunos pavos, gallos y gallinas dormitando en las ramas de los árboles. No era posible continuar la marcha porque ya era de día. Era necesario buscar un lugar seguro donde pudiéramos acampar. Como medida previsora, dimos muerte á algunas gallinas y nos dirijimos con el práctico á la loma La Rayada donde nos dijo que podíamos acampar. Ascendimos penosamente á aquella incomensurable altura y allí, entre la manigua nos echamos á dormir, no sin poner un centinela.

FUERZA CUBANA

Serían las ocho de la mañana cuando nos despertaron las voces de

—¡Ahí viene caballería cubana!

Nos pusimos todos en pié como movidos por un resorte. Efectivamente, vimos á lo léjos una pequeña caballería; pero ¿sería realmente cubana? Pronto lo íbamos á saber.

Hicimos seña á los ginetes de que se acercaran agitando nuestra bandera y enviamos una pareja exploradora.

Ellos mandaron también su explorador. Al fin, pronto nos reconocimos de ambas partes y unos y otros —puesto que todos éramos cubanos—embargada la voz por la emoción y con los ojos llenos de lágrimas, nos confundimos en estrecho abrazo. Grandiosa manifestación de alegría. Solemne juramento de sellar con nuestra sangre la obra de nuestra redención.

Aquel grupo de cubanos se componía del Comandante Ramón Cruz, el Teniente Mario Boza y varios números.

Fuimos al campamento de estos. Reparamos nuestras fuerzas. Acallamos las exigencias del estómago y á los dos días emprendimos marcha hácia *Cacarajícara* donde recibimos nuestro bautismo de fuego.

CACARAJICARA

AL CAMPAMENTO

Cuando los expedicionarios de la *Competitor* llegábamos cerca del Campamento de *Cacarajícara*, sonaban en la avanzada los primeros tiros, señal evidente de que se entablaba combate entre españoles é insurrectos.

Cacarajícara era la residencia y campamento del Teniente Coronel Cárlos Socarrás, uno de los jefes más valientes que ha tenido la revolución. Desde mucho antes de llegar la ola invasora á Vuelta Abajo, ya él se había preparado para resistir cualquier ataque; por eso la difícil entrada de aquel lugar estaba defendido por magníficas trincheras.

La existencia de ese campamento era bien conocida de los españoles, del público y de la prensa y era necesario dar un golpe sobre *Cacarajícara*, para sacar á salvo el prestigio y el decoro del Gobierno y del Ejército español.

Por eso ellos fueron allí, sabiendo los riesgos que iban á correr, y lo mucho que se iban á exponer.

El General Maceo estaba allí aguardando nuestra llegada y nosotros nos dirijíamos hácia aquel lugar con el objeto de presentárnosle.

Cuando nosotros nos dimos cuenta de que se había entablado combate, todos nos alegramos del hecho. Ibamos á satisfacer nuestros deseos de asistir á un combate, y, sobre todo, íbamos á conocer al primero de nuestros guerreros, al inmortal Antonio Maceo.

Pronto nos vimos dentro del campamento; pero nuestra decepción fué grande cuando nos ordenaron retirarnos á media legua del lugar de la acción. Algunos expedicionarios pedimos permiso al entonces Coronel Juan Ducasse para ir á la pelea; pero nos fué negado so pretesto de que estábamos muy fatigados y necesitábamos descansar. Repartimos gran parte de nuestro parque entre los que iban á entrar en combate porque así se nos ordenó. La gente no tenía ni un tiro, y el enemigo que lo sabía venía *á tiro hecho* á cojer *con la mano* al General Maceo. Afortunadamente nosotros llegamos á tiempo.

EL COMBATE

Desde el lugar donde nos encontrábamos seguíamos paso á paso las peripecias del combate.

Los españoles eran como dos mil. La columna que atacaba se componía de los batallones *San Fernando* y *Baleares* y dos piezas de artilleria.

La gente nuestra que podía pelear era poca: cien hombres á lo sumo. Bien es verdad que había mucho mayor número en el campamento pero estaban desarmados y sin parque.

Desde que los *gringos* asomaron las narices por la entrada de *Cacarajícara*, fueron recibido por los nuestros con certero fuego graneado; y ellos contestaban con formidables y continuadas descargas. ¡Ya lo creo! Si traían las cananas y carteras repletas de cartuchos y muchas acémilas cargadas de parque. Además ellos no se ocupan de apuntar bien; creo que cierran los ojos en el momento de disparar. La cuestión era hacer mucho ruído para asustar á los insurrectos.

Muy pronto resonó en el espacio el rugir del cañón. Era cosa proverbial entre los insurrectos que cuando el enemigo hacía uso del cañón era porque estaba muy apurado. Sin embargo durante toda la campaña la artillería española no nos hizo una sola baja. En *Cacara-*

jícara la emplearon para tomarnos las trincheras La empresa fué arriesgada y caro les costó. Nuestro fuego graneado, hecho con pausa y bien apuntado, fué sembrando de cadáveres el lugar de la acción. Pero, como es lógico, la superioridad en número, en elementos y en recursos había de triunfar; ellos tenían cañones, muchos hombres y mucho parque y nosotros éramos pocos y sin municiones.

Los *Panchos* caían unos tras otros, pero los vacíos que dejaban los muertos se llenaban pronto.

— ¡A las trincheras—!gritaban¡—A cojer la cruz laureada!.........

Y acometían con denuedo, instigados por la voz del jefe y por el toque de la corneta. El cañón tronaba, las descargas se repetían y los artilleros españoles caían uno á uno y los de infantería desaparecían ante el fuego certero de los mambises

Yo he leido por casualidad un folleto titulado *Cacarajícara*, escrito por un militar español—no se si jefe, oficial ó soldado—el cual se esconde bajo el pseudónimo de *Un testigo*, donde se pretende relatar el combate de ese nombre y á fé que me ha movido á risa, cuando no á lástima y desprecio al ver las inexactitudes en que incurre. Porque no me voy á indignar por las fanfarronadas y mentiras de *Un testigo*, cuando tal vez de testigo no tiene nada por haberse hallado durante el combate en la impedimenta á *honesta* distancia de las balas.

Achaque de españoles fué siempre el desfigurar los hechos forjando imaginarias victorias y ocultando sus vergonzosas derrotas ¿porqué pués me han de causar asombro los embustes de ese *testigo*?

¡El pobre! Digno lo considero de haber combatido con los molinos de vientos ó con los pellejos de vinos. Así hubiéramos tenido un *Quijote cacarajiqueño*. Estoy seguro de que cuando escribió su folleto se acordaba de su estirpe y de su raza, es decir la del célebre manchego inmortalizado por Cervantes.

No habíamos cinco mil hombres como dice, ni hubo por parte de ellos ataque á la bayoneta Esta arma no se vió relucir en *Cacarajícara* ni creo que se hiciera uso de ella en toda la campaña de Cuba.

Tomaron las trincheras porque la destruyeron con su

artillería; pero no lograron su objetivo principal, entrar al campamento, destruir éste, comerse crudo á todos los mambises y cojer *con la mano* al *mulato* Maceo.

En las trincheras quedaron los *Panchos* el primer día en *statu quo* sin atreverse á dar un paso más. Bien es verdad que nosotros no los dejamos.

Al llegar la noche se dió tregua al combate. Ambos contendientes tenían necesidad de descansar para emprender de nuevo al día siguiente la pelea. El enemigo quedó sumido en el más profundo silencio, sin atreverse á hacer candela y los nuestros, muy cerca, atisbaban los movimientos de ellos. Alguna vez que otra se oía algún tiro salteado. Era algún mambí que guiado por la luz de un cigarro ó por algún fogón medio apagado, disparaba sobre el imprudente que se permitía el lujo de fumar ó de revolver los tizones del brasero.

—¡Mi teniente!—gritaba algún centinela—Aquí no se puede estar. Es mucho el fuego que hacen.—Y las guardias enemigas tenían que retirarse donde las balas insurrectas no alcanzaran.

Aquella misma noche el general Maceo nos mandó á buscar á los expedicionarios. Fuimos á donde se nos llamaba y cuando llegamos, ya el general estaba recojido en su pabellón. Nosotros nos acostamos en el suelo, sirviéndonos de almohada nuestros rifles. Las hamacas las habíamos perdido en el fracaso de Berracos.

EL BAUTISMO DE FUEGO

Al amanecer del siguiente día—1º de mayo de 1896—nos despertamos al ruido del fuego de españoles é insurrectos. Nos pusimos en pié y aparecimos en correcta formación ante nuestro Lugarteniente General. Conferenció breves momentos con Monzón, nos revistó y luego dijo:

—Los expedicionarios que puedan ir á la pelea que vengan conmigo.

Y fuimos casi todos. Sólo se quedaron aquellos que estaban materialmente impedidos para asistir al combate á consecuencia de las desgarraduras y ulceraciones de los piés.

El enemigo quebrantado y maltrecho no quiso com-

pletar *su triunfo.* Parece que habían desistido de cojer *con la mano* al *cabecilla* Maceo; pues cuando nosotros llegamos á la línea de fuego, ellos emprendían la retirada.

¿Fué una retirada aquello? No. Fué *la debacle.*

Aquella trinchera donde clavaron la *gloriosa* enseña de Castilla, la abandonaban y se marchaban con su gran convoy de heridos. Allí dejaron, junto al reducto, señales evidentes del desastre. Anchas fosas mal cubiertas, donde se veían hacinados seis y siete cadáveres, montones de hilas, algodones y vendajes empapados en sangre; cajas de parque sin abrir, cartuchos regados, girones de rayadillo, guiñapos de ropas, alpargatas, sombreros, en fin la manifestación más completa del más tremendo descalabro.

Y este reguero de muertos y ropas y algodones, continuó durante todo el camino cuando ellos emprendieron la retirada.

Nuestras fuerzas, escalonadas y colocadas convenientemente en todo el camino, hostilizaban con tenacidad la columna española. Los expedicionarios íbamos delante picando la retaguardia. Sin experiencia de la guerra, novicios en el arte de pelear y guardar el cuerpo, llenos de alegría y entusiasmo creíamos que los *gringos* tiraban con balas de algodón. Allí nos hirieron tres: los Tenientes Pedro Gomez y Rafael García y el sóldado Bienvenido Leal.

Las bajas que hacíamos al enemigo apenas si tenían tiempo de retirarlas. Los muertos no se enterraban. Los recojían á duras penas, los amontonaban en las abandonadas casas de guano y les daban candela, y cadáveres y casas ardían al unísono.

Nosotros tuvimos algunas bajas de consideración: El Teniente Coronel Socarrás, fué herido y murió al siguiente día del combate; muerto un Ayudante del General Maceo; herido el hoy Coronel Francisco Fleites, y otras bajas más. Yo las calculo en unas veinte.

Ellos en cambio dejaron junto á las trincheras á ocho de los catorce artilleros que manejaban los dos cañones, los tenientes Moncada y Burguete y muchos muertos más. Entre los heridos llevaban un Teniennte Coronel, tres Comandantes, varios oficiales y muchos soldados. ¡Hubo compañías que quedaron mandadas por sargentos!

El autor del folleto de que me ocupo al principio de esta relación dice que llevaban *setenta y dos heridos.* Quiero creer que sea cierto; estos setenta y dos heridos, unidos á los veinte y pico de muertos que tuvieron, pueden completar muy bien cien bajas, que comparadas con las veinte que tuvimos nosotros nos dán la victoria.

No necesito, para hacer resaltar la importancia del Combate de *Cacarajícara,* hacer patente las condiciones desventajosísimas en que nosotros luchábamos. Eso está en el ánimo de todos los que conocían la situación difícil porque atravesábamos los insurrectos en aquella época.

La derrota para ellos fué fenomenal. Cuando entraron destrozados y sin alientos en Bahía Honda, aún llevaban en los oídos el silbido de las balas cubanas.

Los expedicionarios de la *Competitor* quedamos satisfechos. Estábamos vengados.

Cacarajícara fué nuestra revancha.

SIXTA

De cutis negro, pero blanca de alma.

Justo es que le dedique siquiera una página en recuerdo de las bondades que usó conmigo.

Yo llegué á la prefectura de Chipi muy enfermo. El paludismo había hecho presa en mí. La palidez de mi rostro, mi excesiva delgadez, la debilidad general que me dominaba, todo revelaba el estado de gravedad en que me encontraba.

—Este no dura tres días—dijo uno en voz baja, mirándome con ojos compasivos.

Más tarde, desde mi hamaca, pude escuchar el siguiente diálogo sostenido entre dos compañeros de armas:

—Chico, ¿que hiciste de mi revólver que quedó á bordo de la *Competitor*?

—Se lo regalé á Usatorres.

—Pues yo necesito que me consigas uno

—No tengas cuidado; Usatorres debe morirse dentro de dos ó tres días; yo te daré su revólver y yo me cojeré el machete.

Y de esta manera se hacía el reparto de mi pobre patrimonio antes de haber lanzado el último suspiro.

Esto no es de estrañar, porque luego, andando el tiempo, tuve ocasión de ver idénticas manifestaciones en que se hacía caso omiso de los más caros afectos, para satisfacer los egoismos ó las necesidades.

Cuántas veces en un grupo de compañeros decía uno:

— ¿Saben ustedes quién murió? ¡Fulano!

Y en vez de exclamaciones de tristeza, oía uno preguntar:

—Y ¿qué número calzaba él?—con el objeto de ver si los zapatos del difunto le servían.

Afortunadamente, Sixta, la negra Sixta estaba en Chipi y en cuanto me vió me tomó lástima y se dedicó á cu-rarme

Ella me condimentaba los platos más á propósito para mi estado. Si conseguía una galleta, era para hacerme sopa; si lograba encontrar un poquito de arroz lo guardaba para mí y siempre andaba buscando para mí lo mejor, al estremo de tomar el café amargo y guardar el azucar para endulzarme los cocimientos de hojas y raices, única medicina con que se combatían las fiebres.

Al cabo de un mes fuí cobrando fuerzas; las fiebres me dejaron y los colores me volvieron á la cara.

Cuando ya casi restablecido, hice el propósito de incorporarme nuevamente á las fuerzas, mi ropa estaba en un estado deplorable.

Sixta cojió el forro de su catre y con él me hizo una muda de ropa y para dormir ella, fabricó una cama de cujes.

Y es que ella era así con todos: buena, generosa y compasiva.

Yo no podré olvidar nunca á Sixta. A ella le debo la vida.

Sean estas líneas espresión sincera de mi eterno agradecimiento.



LAS CHIPI

Tengo la alta satisfacción de presentar á la consideración de los lectores á María Luisa, Felicita y Roselia Chipi.

Tres heroínas vueltabajeras, no porque nacieron en Pinar del Río, puesto que ellas son de Caibarién, sino porque en Vuelta Abajo fué donde ellas dieron pruebas de su excelso patriotismo.

Son muy bellas las tres, de esquisita amabilidad y notable inteligencia. En los salones de la buena sociedad figuran en primera línea.

La invasión las sorprendió en el campo, en el ingenio *Gerardo* y desde el momento en que hirieron sus ojos hermosísimos los deslumbradores destellos de la estrella solitaria, amaron la santa causa de la independencia de su patria.

Su hogar, fué el hogar de los pobres cubanos que eran víctimas del paludismo ó de las balas enemigas. Ellas preparaban la tizana que había de servir de sudorífico al calenturiento ó la poción conque habían de lavar las úlceras del estenuado y errante mambí ó las heridas del que había caido al golpe del plomo español.

También nosotros encontrábamos en nuestra calle de Amargura, quien nos ayudara á llevar la cruz de la Redención.

¡Oh! Bien recuerdo aquellos días angustiosos de hambres y fatigas en que las encantadoras hermanas, después de un ataque á su rústica residencia, condimentaban, allá entre el bosque sombrío, entre la manigua espesa, sabroso plato de jutías y malangas que devorábamos entre los comentarios de los sucesos ocurridos en el día, entre alegres risas y haciendo hermosos proyectos para el porvenir

Y por la noche, cuando solo se oía el agudo chillar de los grillos, el lúgubre canto del *cuco*, el silbido de los majases y culebras y el *crac-crac* de las ranas, teniendo por único techo el estrellado azul del cielo, bajo los jagüeyes, almácigos y macurijes, nos sentábamos sobre la fresca hojarasca, y mientras asábamos algún boniato trabajosamente conseguido, charlábamos humorísticamente, burlándonos de nuestra hambre y haciendo cuenta de lo mucho y bueno que íbamos á comer cuando se acabara la guerra, hasta que nos reclamaba el sueño y entonces cada cual arreglaba su colchón de hojas secas, á la sombra de algún árbol frondoso para evitar las impertinencias del rocío,y nos entregábamos en brazos de Morfeo.

Pocos son los insurrectos de Pinar del Rio que no conozcan la prefectura de Chipi. Al principio se llamó *Las Damas*; pero luego nadie la conocía más que por el apellido de los dueños de la finca. Los que llevaban el apellido Chipi en toda la comarca, pasaban de cien. La guerra, con su séquito de hambre, miserias y horrores diezmó aquella larga familia. Hoy no llegan á una docena los que quedan.

María Luisa, Felicita y Roselia, son, pues, de buena cepa; es decir de la raza de los patriotas.

Cuando más necesitaban de protección y auxilio, la muerte las dejó sin su bueno y amoroso padre; su hermano Rodolfo se encontraba en las filas del Ejército y ellas tuvieron que marchar al calor de un cuñado que vivía en Vega de Morales; pero éste era víctima entonces del implacable paludismo.

Y aquellas manitos finas y delicadas tuvieron más de una vez que empuñar el hacha, y á los débiles golpes que sus escasas fuerzas le imprimían, después de largo rato

de rudo batallar caía al suelo, como gigante herido por el rayo, la fuerte palma cuyo corazón había de servirles de alimento. ¡Oh! ¡Heroismo sin igual y abnegación sin límites! ¡Cuántas veces yo, hambriento y desesperado, me encaré, hacha al hombro, con las corpulentas palmas, y no me atreví siquiera á descargar sobre ellas un solo hachazo, porque no me consideraba con fuerzas suficientes para acometer semejante empresa. Y ellas, sin embargo, me dieron ejemplo de su tenacidad y constancia!

Hubo un período de tiempo sumamente crítico para los insurrectos y, sobre todo, para las familias cubanas en que se sucedían las presentaciones y ellas, si por asomo se le indicaba algo en ese sentido, exclamaban con indignación y llenas de fervor patriótico:

—Nosotras moriremos en la manigua antes que presentarnos.

Solamente esta tierra pródiga en riquezas y hermosuras, podría dar mujeres como María Luisa, Felicita y Roselia.

Gloriosas espartanas que supieron dar aliento á los débiles. esperanzas al decaido y fé al incrédulo... ....

Hermanas de la caridad que fueron consuelo del desvalido y lenitivo y salvación para el enfermo ....

Vestales purísimas que mantuvieron siempre encendido en el altar de la patria el fuego sagrado del amor á la libertad ......

Son dignas de la apoteósis y la inmortalidad

La Expedición "Rius Rivera"

PREPARATIVOS

De marcha napoleónica calificaron en Francia, personas competentes en materias de guerra, la gloriosa jornada realizada por el General Maceo con todas las fuerzas de Pinar del Rio al cabo de San Antonio en busca de la expedición que trajo el General Rius Rivera.

Este ha sido el hecho más maravilloso realizado por el Lugarteniente General en su vida militar. Sólo él con su táctica sorprendente, su gran inventiva y su talento guerrero hubiera podido realizar aquella magna empresa donde el heroismo, el valor, la abnegación y el poder de los cubanos dejaron atónito al mundo civilizado.

Porque no se trataba simplemente de auxiliar la expedición y poner á salvo el gran convoy de guerra que traía. Esto lo hubiera realizado el General Pedro Díaz en aquella ocasión, como lo realizó en julio cuando la expedición de Leyte Vidal, trayendo desde La Jarreta hasta el centro de operaciones situado en Manuelita, todo el convoy de guerra sin perder ni un solo hombre, ni un solo tiro. Se trataba de demostrar al mundo, y sobre todo á España, todo el poder y toda la fuerza de la revolución en

Vuelta Abajo, cuya provincia se proponía pacificar Weyley. Para esto, nada mejor que traer á sangre y fuego la expedición desde los confines de la provincia hasta los limites de la Trocha Mariel y Majana.

Para que el lector pueda formarse una idea aproximada de lo que fué aquella gloriosa jornada, voy á hacer este ligero relato desde sus comienzos, cuando se hacían los preparativos.

En julio se circularon las primeras órdenes del General Maceo al Gobernador Civil, Tenientes Gobernadores, Prefectos y Subprefectos de toda la provincia, para que por estos últimos se recogieran todos los pacíficos útiles de sus respectivas demarcaciones, para marchar al primer aviso. La orden fué muy severa, rigurosa; así es que sólo se quedaron en sus casas los materialmente imposibilitados para marchar.

El General Díaz salió de Manuelita el 23 de agosto con su escolta, para Vuelta Abajo. Siguióle luego la Brigada Norte al mando del General Vidal Ducasse que salió el 24 del mismo lugar, y después, el 25, el Coronel Delgado, que sale del Rosario, recoje el 26 en San Miguel el Regimiento Cacarajícara y los pacíficos ya reconcentrados allí, y continúa la marcha. El 27, Vidal Ducasse, al cruzar la línea de Viñales tuvo un encuentro con el enemigo que conducía un convoy; lo derrota, le quema el convoy y continúa la marcha. El 28 el Coronel Delgado combate otra columna en el Abra del Rosario, cerca de la Palma y en el mismo día se le une el Teniente Coronel Castillo con trescientos pacíficos y su fuerza.

El General Maceo marchaba por el Sur con la Brigada de este nombre y su escolta, y el 31 se encuentran en Gramales todas las fuerzas, siguiendo marcha por Francisco, La Manaja y Tumbas de Estorino. En este lugar acampa el General Maceo, y ordena que parte de la fuerza marche y se incorpore en Montezuelo con el General Díaz. lo cual se realiza el 2 de septiembre. Maceo sigue en Tumbas de Estorino y Díaz sale de Montezuelo con las fuerzas á sus órdenes el 3, acampando en Saétial. Se continúa la marcha el 4 y acampan en Los Machos. En este lugar se procede á la extracción del resto de la expedición Leyte Vidal de los depósitos de la Jaula, hecho lo cual se retrocede volviendo á encontrar al General Maceo en Tum-

bas de Estorino, desde donde se sigue marcha hasta San Francisco. Aquí se reunieron todas las fuerzas de la provincia y los pacíficos reclutados, componiendo entre todos un núcleo de más de cinco mil hombres.

LA EXPEDICION

El dia 10 ordena el General Maceo al General Diaz, que con parte de la Brigada Occidente vaya á auxiliar el desembarco de la expedición Rius Rivera, realizada segun aviso recibido, en Cabo Corrientes. Sale Díaz á marcha forzada, acampando en Tumbas de Estorino, continuando al día siguiente hasta Los Canarreos donde tiene que acampar por impedir el paso la creciente del Arroyo Pañuelo. El 12 cruza nuestra columna á nado y por improvisados puentes de palmas, el río Salado; atraviesa la ciénega de Los Palos y acampa en Puerta de la Güira (Los Cayucos.) El 13 en marcha, acampando en La Jaula, el 14 en Uvero Quemado y el 15 llegan á la playa de Las Canas, inmediata á Cabo Corrientes.

En tanto que realizaba Díaz esta operación, el Lugarteniente General deja en Francisco parte de la fuerza que con él quedó custodiando el convóy de la expedición Leyte Vidal, y se dirije con el resto por Bartolo, Varona y San José llegando á Los Machos el 14 donde acampa y aguarda la llegada de Rius Rivera con los expedicionarios y convoy de guerra. Maceo que no podía permanecer por mucho tiempo en estado de quietud, sale el 16 á recorrer los fuertes del Cayuco, La Martina, Linares, y Guayacanal en busca de provisiones, regresando el 17 con muy pocas á Los Machos.

A las tres de la tarde del día 15 recibe Díaz en Las Canas al General Rius, con los expedicionarios y el magnífico convoy de Guerra que había traido y que consistía en el material siguiente:

175 bultos de armas de distintos sistemas, conteniendo 5 armamentos cada uno.
40 cajas de dinamita.
705 cajas de municiones de distintos calibres.
1 caja de bombas de dinamita.
73 bombas idem.
1 cañón de dinamita.

63 proyectiles para el mismo.
6000 piés de alambre.
1 máquina eléctrica.
2 bultos con machetes.
3 cajas de medicinas, mechas y fulminantes.

Por órden del General Maceo, el 16, marchó el General Rius con los expedicionarios á incorporársele. Quedando el General Díaz encargado de la remisión del parque, tarea difícil, peligrosa y de grandes responsabilidades; pero que, confiada á un jefe de las condiciones de Diaz tenía asegurada el éxito. El convoy se fue remitiendo á Los Machos, en distintos lotes confiados á diferentes jefes. El 17, sale de Las Canas, conduciendo parque y armas, toda la fuerza que estaba á las órdenes del General Diaz, y queda éste con solo diez hombres de su escolta custodiando el resto de la expedición.

BOMBARDEO Y ATAQUE

A las dos de la tarde un centinela avisó que se aproximaba un cañonero enemigo, el cual se retiró enseguida volviendo con otro como á las cinco y anclando en una ensenada á la vista de nuestras guardias.

Al día siguiente á las cuatro de la mañana, Diaz ordena observar el movimiento de los buques enemigos, temiendo un desembarco de fuerzas. Á las cinco comienzan estos el bombardeo de los lugares inmediatos á la playa, disparando más de cien cañonazos, en tanto que se dirijen á tierra cuatro botes que desembarcan fuerzas de infantería.

El Jefe de la escolta, con algunos números, quedó defendiendo la entrada del lugar donde estaba el parque; míentras Diaz se ocupa con los otros números en trasladar aquel, á lugares distintos de la manigua, para salvarlo, caso de que el enemigo llegara á vencer en aquella desigual pelea. El traslado se realizó en medio del continuo fuego de la artillería enemiga, cuyos proyectiles caían en los lugares inmediatos al depósito.

Cuando la infanteria enemiga estuvo cerca de los farallones de la entrada que el jefe de la escolta defendía, este rompió el fuego sobre ella, saliendo aquellos *valientes* en precipitada fuga y dejando en su vertiginosa carrera

ciento cincuenta tiros de mausers y algunos sombreros.

Creyeron sin duda los marinos españoles que con su bombardeo habían acabado con aquel puñado de hombres y los de infantería venían á recojer mansamente nuestro convoy de guerra, contando ya con el ascenso inmediato ó con alguna cruz laureada — ó sin laurel,—como justo premio á su heróica hazaña. Pero no contaban con la huéspeda, y lejos de llevarse nuestro parque nos dejaron algunos tiros más.

Los prófugos combatientes cojieron sus botes á toda prisa, se reembarcaron en los cañoneros y estos se perdieron muy pronto en lontananza.

EL REGRESO

El 23 ya estaba en seguridad todo el cargamento de la más grande y más valiosa expedición que ha venido á Pinar del Río durante la campaña. En ella vino el célebre cañón dinamitero que tanto miedo y espanto inspiró á las tropas de Weyler. Este cañón es muy sencillo en su forma; pero muy eficaz en sus efectos. Se compone de un largo tubo de bronce con otros dos pequeños tubos á los lados, montados sobre cuatro ruedas, dos de las cuales se le podían quitar cuando las circunstancias lo exigiesen. El proyectil es de forma cilíndrica con una espoleta; al salir, la detonación es como la de un mauser, pero al explotar, el ruído que produce es como el de una bomba de dinamita, causando un destrozo terrible y arrasando todo cuanto á su paso se oponga. No en valde los españoles temían tanto á nuestra artillería. Por mucho tiempo la pesadilla de ellos fué cojernos nuestro cañón. Este fué bautizado por el General Maceo con el nombre de *El Libertador*.

También vinieron en esta expedición los Remingtons-Lee. Su forma es la ordinaria de los Rémingtons españoles, pero tienen una cajeta junto al gatillo en el cual se introducen cinco cápsulas de fino calibre, las cuales por medio de un manipulador se disparan con la misma rapidez del mauser.

El Rémington-mauser también lo introdujo por primera vez en Cuba Rius Rivera. Este armamento es de

igual calibre y forma que el mauser español con la diferencia de que no lleva más que una sola cápsula.

Realizada la importante operación encomendada al General Diaz de salvar el gran convoy de guerra de esta expedición, se dispuso el regreso.

Y aquí empieza la célebre peregrinación de las fuerzas cubanas por entre lomas, pinares, ciénegas y rios y la serie de combates heróicos que dán esplendor luminoso á la historia del bravo General Antonio Maceo.

El General Diaz salió de Las Canas el día 23 con su escolta y acampa en La Jaula. Marcha todo el día 24 y toda la noche, y á las cuatro de la mañana del 25 hace alto en el Naranjal, permanece allí cuatro horas y vuelve á emprender marcha hasta las Tumbas de Estorino donde se incorpora al General Maceo.

COMBATE EN MONTEZUELO

El mismo día en que Diaz abandonaba Las Canas, salía Maceo de Los Machos. Al pasar por frente al fuerte El Pañuelo ordena se tirotee éste, continúa la marcha y se hace alto durante una hora en Las Carboneras para hacer de almorzar.

¡Almorzar! ¡Ah! De buena gana lo hubiera hecho aquella legión de sufridos defensores de la patria. Aquellos harapientos soldados, valientes en la pelea y abnegados en el sufrimiento, que hacía cuatro días que no probaban bocado, no llevaban en su *jolongo* más que parque, mucho parque y dos ó tres armamentos al hombro; pero ni una malanga, ni un boniato conque acallar su hambre.

En Las Carboneras se hizo alto como ya dejo dicho, y todos, incluso el General Maceo, comieron palmito

¡Qué alimento para aquellos hombres que venian del Cabo, desnudos, sin zapatos, cargados como acémilas, y que por la noche habaín de entrar en combate.

Hecho el almuerzo se reanudó la marcha.

Componían parte de la gran impedimenta que traía nuestra columna, más de cien familias de los Remates de Guane recojidas por el General Maceo, que se compadeció de la tristísima situación de aquellos infelices. En aquellos apartados lugares hubieran perecido todos de

hambre sin remedio. Por allí ya no había ni palmas, no había más que desolación y ruina.

A las ocho de la noche llegaba nuestra columna á la entrada de Montezuelo. Allí se supo que el enemigo en gran número se estaba fortificando en aquel lugar; nos internamos en dicho punto y el General Maceo con 25 hombres de cada Regimiento se dispuso á atacarlos. Escojió las mejores posiciones, colocó las fuerzas en línea de combate y rompió el fuego sobre los desprevenidos españoles.

Pronto se hizo interesante la pelea. El enemigo repuesto de la sorpresa, repelía el ataque con nutridas descargas y repetidos disparos de cañón. Los nuestros por su parte, con parque abundante y buenos armamentos, se divertían en regalarles una lluvia incesante de balas de todos calibres.

De pronto se oyó un tiro sólo; algo así como un disparo de mausser, y dos segundos después una esplosión terrible, infernal, tremenda. Era el *Libertador* que hacía su *debut* en el escenario de nuestra campaña. No hubo aplausos; pero se oyeron en las filas enemigas gritos de dolor, de desesperación, de espanto; ayes de muerte y quejidos de agonía. El *Libertador* obtuvo una ovación.

El fuego duró hasta las doce de la noche, hora en que se dió tregua al combate por ambas partes. El enemigo quedó acampado en sus posiciones y nosotros en las nuestras.

Al amanecer del día 24 se entabla nuevamente el combate hasta las tres de la tarde en que el enemigo, completamente derrotado, emprende precipitada fuga y va á refugiarse en Mántua.

Nosotros seguimos marcha y acampamos en Naranjal.

COMBATE DE TUMBAS DE ESTORINO

El día 25 emprende marcha el General Maceo y acampa en Tumbas de Estorino donde se le incorpora el General Diaz con su fuerza y parte del valiosísimo convoy de guerra. El 26 continúan todas las fuerzas en el mismo lugar sin que ocurra novedad.

El día 27 amanece lloviendo. Por la mañana se siente fuego hácia La Manaja y ordena el Lugarteniente Gene-

ral que la Brigada Sur, al mando del Brigadier Juan Ducasse salga para dicho punto. Ducasse encuentra al enemigo y lo bate durante largo rato. Las otras fuerzas permanecían, mientras tanto formadas, sin comer, sufriendo la lluvia torrencial de aquel día, esperando de un momento á otro ser atacados por el enemigo. A las tres de la tarde, se presenta éste y se entabla el combate funcionando por ambas partes la artillería.

El General Diaz, por órden del General Maceo, se hace cargo de todo el convoy de Guerra y cuida de su seguridad.

El combate continúa. Las descargas se suceden, el fuego graneado de los nuestros es incesante y los cañonazos se repiten.

A las siete de la noche cesó el fuego. Nosotros acampamos en nuestras posiciones y el enemigo en frente. Al amanecer del 28, éste dispara dos cañonazos y emprende la retirada.

LA MARCHA

Antes de seguir adelante en la descripción de los combates, algo debo decir de las condiciones en que se realizaba aquella marcha.

Los que nunca han salido del radio de las poblaciones, los que sólo han viajado por ferrocarriles y carreteras, no pueden formarse una idea aproximada de lo que son los caminos por nosotros transitados desde el Cabo de San Antonio hasta las trincheras de Artemisa.

Unas veces el terreno que pisábamos era el llamado *dientes de perros*, formado por pedruzcos puntiagudos y afilados adheridos duramente al pavimento. Por allí pasaba toda aquella gran columna, de la que pocos, casi ninguno, traía zapatos, jefes y oficiales inclusive, y de la que solo venían montados los jefes principales. Muchas veces, estos jefes dejaban sus cabalgaduras para cedérsela á alguna infeliz mujer, á algún enfermo jadeante, ó á algún herido, y ellos continuaban á pié. Esto se lo he visto hacer al mismo General Diaz. Las aceradas puntas del *diente de perro* se enterraban en las carnes de los desnudos piés, abriendo heridas que manaban sangre, tiñendo de púrpura las piedras, sin que nadie se detuviera á vendar la herida ó á curar las rasgaduras; dejando por doquiera rastro ensangrentado por el cual hubiera podido muy

bien adivinarse cual era la marcha que seguía nuestra columna.

Otras veces se entraba en los pinares, de terreno pedregoso, formado por menudas piedrecitas que producían en los piés dolor horrible y lacerante.

Y así se seguía marchando por un camino terrible, infernal, siempre desigual, siempre aprupto, por derriscaderos, barrancos y verícuetos, ascendiendo fatigosamente y ahogados por el cansancio terribles lomas, ó descendiendo por violentos y resbaladizos declives; caminando por desfiladeros obscuros ó por pasadizos estrechos, cruzando rios en que el agua daba al pecho, bajo un sol abrazador, con un calor asfixiante, aspirando un vaho caliente que salía de los horribles ventisqueros por donde pasábamos, pisando un terreno que despedía fuego y siempre á la carrera, á marcha forzada, sin poder á penas detenerse para cojer resuello.

Y todo esto sin comer á derechas; á penas si se conseguía alguna guayaba ó alguna fruta conque entretener el hambre. Unas veces se acampaba por la tarde y no se encontraba ni una res, ni viandas, ni palmas conque condimentar algún alimento. Otras se acampaba por la noche á las ocho, á las diez, ó á las doce, y entonces nadie pensaba en comer, sino en tirarse brutalmente en el suelo para dormir, y al otro día empezar de nuevo la jornada. Las fiebres palúdicas, esa epidemia que desvastó la población de nuestros campos, se desarrolló entonces con más furor que nunca; y así se veían marchar en nuestras filas, con el jolongo á cuesta, á hombres mujeres, y niños con las atroces convulsiones de la calentura, y como si fueran esqueletos vivientes.

Algunos, escuálidos por el hambre, rendidos por el cansancio, estenuados por el paludismo, no pudiendo resistir más, se escondían entre la manigua, allí se echaban y al otro día aparecían muertos por inanición ó macheteados por alguna guerrilla

Y más tarde, pasados algunos meses, cuando alguna comisión nuestra pasaba por aquellos lugares, encontraba junto á algún esqueleto humano una caja de parque ó dos ó tres Rémingtons. Porque en aquella tremenda al par que gloriosa jornada, nadie marchaba con las manos vacíos. Todos, insurrectos y pacíficos, llevaban

en el jolongo 300 ó 400 tiros. Este llevaba una caja de parque, el otro una bomba de dinamita. aquel dos ó tres armamentos, el de más allá una caja de medicina etc.

A pesar de todo esto. cuando se presentaba el enemigo, aquella legión de seres macilentos acudían presurosos al combate, con la alegría en el corazón y el entusiasmo en el alma. Por lo mismo que aquella marcha y aquellos trabajos soportados con abnegación sin límites, eran originados por la saña y el odio de los españoles; más se avivaba en ellos el espíritu de rebelión contra la extranjera dominación, y eran como leones en la pelea, animados por el lema inmaculado de los buenos cubanos: Independencia ó muerte.

ISABEL MARIA

El día 28, después que el enemigo se retira de Tumbas de Estorino, salen de marcha todas las fuerzas con Maceo á la cabeza y acampan en Francisco; permanecen allí todo el día 29 y el 30 salen y acampan en La Yaya. El 1º de octubre salen las fuerzas de marcha y acampan en Peña Blanca y á las dos de la tarde del siguiente día, se prepara la columna para marchar. Era necesario atravesar la líeea de fuertes de los poblados de Cabezas é Isabel María; algo así como una semi-trocha que había que pasar á fuego y sangre. Weyler, en su afán de robar lo más que pudiera, había hecho construir innumerables fuertes é infinidad de trincheras para estorbar el paso, según decía, del General Maceo.

Este divide las fuerzas en Peña Blanca. El General Diaz marcha con la Brigada Occidente y el convoy de guerra por un camino; y el General Maceo, con las Brigadas Norte y Sur y la Artillería, por otro. A media noche llegan estas fuerzas á Cabezas, cuyo pueblo atacan incendiando el caserío de Isabel María. Diaz, con la fuerza á su mando y el convoy de guerra, pasa por Cabezas, donde los fuertes le hacen un nutrido fuego y el día 3, en zona de Isabel María, se reunen nuevamente las dos fuerzas refundiéndose en una sola columna.

Se continúa la marcha y se acampa en los Cayos de San Felipe.

CEJA DEL NEGRO

Al amanecer del día 4 se pusieron en marcha todas las fuerzas reunidas, con el convoy de guerra y la impedimenta de mujeres y niños.

Como á las ocho de la mañana, al llegar á Ceja del Negro, tropieza nuestra vanguardia con una columna enemiga que venía de Piloto por el Guao, y se empeña el combate. El General Diaz por órden del General Maceo, continúa la marcha con el convoy, atravesando á retaguardia de nuestra línea de fuego, pero es estorbado su paso por otra columna que venía de Viñales, y tiene que atravesar entre los dos fuegos enemigos, batiéndose, con su escolta y el Estado Mayor del General Bermúdez cuerpo á cuerpo, llegando hasta á luchar al arma blanca.

El General Maceo rechaza la columna de Piloto y la pone en precipitada fuga; casi al mismo tiempo llega por retaguardia la columna de Viñales y se empeña nuevamente la pelea, lo que oído por la derrotada columna que huía hácia Piloto, le dá alientos para rehacerse y viene á reforzarla ensanchándose así la línea de fuego enemiga.

Ya entonces el combate es más sério. Se pelea con desesperación, con ahinco, con furia por ambas partes y en todas direcciones. Por donde quiera no se ven más que flancos españoles ó flancos cubanos. Todas las alturas están coronadas, cuajadas de combatientes de una y otra parte. Hay, sin embargo, una loma sola, sin nadie; hay que ocuparla. El General Maceo ordena tomarla, y allá van los nuestros, decididos y entusiasmados. Al mismo tiempo que los cubanos coronaban la altura, la coronaban los españoles y se encuentran frente á frente, pecho á pecho. Allí se lucha desesperadamente; al arma blanca, á culatazos, como se puede, hasta que se quedan los nuestros dueños de las posiciones.

No se oye más que un ruído infernal, tremendo. Aquello es un caos horrible. No se dá tregua á la mano; los manipuladores y gatillos de los armamentos de ambos combatientes parecen movidos por la electricidad. La artillería española no cesa de mandarnos sus granadas, en tanto que nuestro *Libertador* vomita metralla contra los espantados españoles. La línea de combate se estre-

cha, se avanza por ambas partes, se confunden los combatientes, á penas si se sabe cual es el enemigo á no ser por los respectivos toques de cornetas. Allá cae uno que al expirar grita:—¡Viva España!—Aquí uno que muere gritando:—¡Viva Cuba!—Acullá uno que dice:—¡Me han matado!—Más adelante otro que dice—¡Me han herido!—Y el fuego no cesa, y la gritería sigue, sin que domine en los cerebros otra idea que la de exterminarse, la de aniquilarse unos á otros.

Los pacíficos, aquellos hombres que en su vida habían manejado más que la guataca y el arado y que nunca habían disparado un tiro, van á la línea de fuego y con los armamentos que llevaban, combaten con la misma serenidad que si hubieran sido veteranos.

Las mujeres también vienen en nuestra ayuda; cargan el parque que los que están peleando no pueden llevar; recorren la línea de fuego con sus hijos en los brazos, repartiendo municiones á los que se le han agotado; recojen los armamentos de los que caen heridos y ayudan á curar á estos. Muchas de ellas caen heridas, sirviendo de ejemplo hermosísimo que imitar y como para demostrar, que si hay mujeres españolas que, como en La Palma, hacen fuego contra los cubanos, también hay mujeres cubanas que saben pararse frente á las líneas de fuego del enemigo á desafiar la muerte y morir por la patria si fuera necesario.

En medio del combate se le encasquilla el mauser al General Ducasse. Un soldado español que había caido herido á su lado le dice:

—Oiga usted, ¿se le ha encasquillado el mauser? Pues tome usted el mío.

Y Ducasse cojió el arma que el soldado le presentaba y con la serenidad que siempre le distinguió, sacó su cartera, arrancóle una hoja, y en medio del contínuo fuego del enemigo, escribió unas líneas para que fuera respetada la vida de aquel soldado.

El combate continúa en todo su apojeo hasta las seis de la tarde, en que rechazado el enemigo por vanguardía y retaguardia, abandona sus posiciones y huye desordenamente, dejando en nuestro poder sus muertos y heridos, armas, municiones, acémilas, ropas y la cureña y ruedas de un cañón.

Dormimos en el campo del combate, y al siguiente día cinco marchan todas las fuerzas, y acampamos en San Andrés.

LA CATALINA

El día 6 llegamos á La Catalina de Galalón y acampamos.

El General exclama al llegar á aquel lugar con su calma habitual:

— De aquí no me voy yo hasta no echar una peleita.

El día 8 se vieron satisfechos sus deseos. Como á las doce del día se presentó una fuerte columna enemiga y se entabla rudo combate que se prolonga hasta las siete de la noche, en que quedaron los combatientes en sus respectivas posiciones.

A las ocho ordena el Lugarteniente General, que Díaz siga por el centro de la sierra, con el convoy de guerra, á fin de distribuirlos en los distintos depósitos de antemano designados.

El enemigo es tiroteado durante toda la noche del ocho en sus posiciones de La Catalina, y al amanecer del siguiente día se rompe de nuevo el fuego con mayor empuje que el anterior.

A las diez, los españoles se retiran con dirección á San Diego de los Baños y Maceo lo persigue hasta Las Yeguas, donde acampa. Aquellos dejaron, en nuestro poder sus muertos, armas y municiones.

Por la noche forma el General Maceo una columna de combate para atacar con la artillería el pueblo de San Diego; pero una repentina descomposición del cañón impide realizar esta operación, por lo que regresa á Las Yeguas.

FIN DE LA JORNADA

Diaz marchó con el convoy el 8 por el Caimito, Manacas, El Toro y Rangel; y Maceo, con las fuerzas, marcha el 10 por Sabana de Maiz hasta el Cafetal Oriente donde se reune el 12 con el General Diaz, saliendo el 13 todos para la Puerta de la Muralla.

En este lugar despide á los pacíficos, los arenga y les dá las gracias en nombre de la patria por el concurso prestado á la causa de la independencia, siendo victoriado.

Es indudable que aquellos pacíficos habían prestado un servicio de inapreciable magnitud á la revolución. ¡Ah! ¡Cuántos hubo que no volvieron al hogar querido! ¡Cuántos sucumbieron en aquella jornada combatiendo como nuestros soldados, víctimas del hambre, unos, y de las fiebres otros! Muchas madres y esposas esperaron en vano durante algunos meses la vuelta del hijo, ó del amante compañero. No volvieron más. Habían muerto ignorados de todos.

En la Puerta de la Muralla, formadas todas las fuerzas, presentó Maceo á Rius Rivera, como el General que había de sustituirle en el mando de las fuerzas de Pinar del Rio.

—Es un valiente —dijo —Me sustituye con ventaja.

Este era el mejor elogio que podía hacer de él quien no los prodigaba á nadie.

Maceo tenía que marchar con Diaz para las provincias orientales y por eso delegó el mando en Rius Rivera.

El broche de oro con que cerró Maceo su gloriosa marcha, fué el bombardeo de Artemisa realizado en la noche del 22 de octubre.

Así es que recorrió la provincia toda, de un estremo á otro, á sangre y fuego, y conquistando nuevos laureles para su corona.

WEYLER EN CAMPAÑA

No voy á hablar de la serie de crímenes y horrores cometidos en Cuba por este monstruo de maldad. La negra historia de este bandido con charreteras, es poco más ó menos conocida del mundo todo; porque así como Sila y Nerón se hicieron célebres por su maldad; el infame Valeriano se hizo notable por su carnicera ferocidad, por sus instintos salvajes.

Todos saben que Weyler tenía ministros del crímen tan fieles y activos como Porrúa, Fondesviela, Cuebas, Sabates y otros agentes policiacos, los cuales, si bien es verdad que no demostraron su valor saliendo al campo á luchar con los mambises, también es cierto que en las poblaciones, en la soledad de la noche, asegurados de la impunidad, asesinaban á honrados vecinos por el solo delito de ser cubanos. Todos saben que en Guanajay, la Guardia Civil, con consentimiento de Weyler y por órden de Martinez Lacoste y Diaz Pinés, se asesinaron más de cien individuos, de acuerdo con algunos bodegueros y comerciantes que de esta manera querían evadir deudas ó satisfacer venganzas. Todas saben que las guerrillas y columnas en el campo, saciaban su ferocidad asesinando pa-

cíficos indefensos, débiles mujeres é inocentes niños, por mandato de Weyler. Todos saben los efectos de la inícua reconcentración decretada por Weyler, cuyo objeto es hacer perecer de hambre á los reconcentrados, para que expiaran el crímen de haber nacido en esta tierra, y lo prueba el hecho de que en Guanajay envenenaban el rancho que le daban á estos infelices. Todos saben, en fin, todos estos crímenes y muchos más. De lo que yo trato es de dar una ligera idea de la campaña de Weyler en Pinar del Rio.

Al aproximarse el invierno de 1896, se anunció entre el elemento pacífico del campo que Weyler venía *copar las lomas* para pacificar la provincia. Cuando oí tan peregrina ocurrencia, no pude menos que reirme, y me acordé de otra idea originalísima que se le ocurrió á los españoles en la guerra pasada cual fué la de incendiar los montes con camisas embreadas.

Entraba en el plan de Weyler, fortificarse en aquellos lugares por donde más á menudo transitábamos nosotros, para impedir toda movilización de las fuerzas insurrectas. Efectivamente, empezaron á construir fuertes por todas partes. Pero, lo que en realidad se proponía Weyler con estos fuertes, era robarle al estado español para aumentar sus caudales. Cada fortín lo presupuestaba en 4,000 pesos, cuando en realidad á penas le costaban 400.

El primmer fuerte se construyó en Soroa y este si que le resultó caro, pues nuestras fuerzas, después del bombardeo de Artemisa, acudieron allí, y se entabló rudo combate el 24 de octubre, quedando ellos completamente destrozados. Luego hicieron fuertes en Puerta de la Muralla, Tapia, Manuelita, El Rosario, Cacarajícara, Las Pozas, El Toro, Galalón y sesenta más cuyos nombres no recuerdo.

Para acabarnos y aniquilarnos lanzó Weyler á las lomás 60,000 soldados de todas las armas.

La serie de combates empezó por Soroa el 24 de octubre, siguiéndole luego Sitió de Café. En Tapia y Manuelita se presenta el enemigo el 3 de noviembre en número considerable, y el General Diaz, con solo su escolta de 20 hombres, le hace frente y se posesiona de la loma de Zalacain, cuya posición procuran en vano quitarnos. Luego llega la escolta del General Maceo y se incorpora á

la de Diaz, continuando éste al mando de la línea de combate. El fuego se prolonga los días 4, 5 y 6. En este día pretende el enemigo entrar por el camino de La Lechuza y Diaz lo rechaza en Loma Colorada. Los días 7 y ocho sigue el combate y el 9 salen Maceo y Diaz, con sus respectivos Estados Mayores y Escoltas para San José de Romero, quedando en Zalacaín sosteniendo el fuego parte de nuestra artillería y fuerzas de Bermudez.

Por la tarde se presenta el enemigo en Romero y Rosario y se entabla rudo y sangriento combate que dura durante toda la noche. La artillería enemiga funciona constantemente, y el fuego es nutrido, incesante, horroroso.

El combate continúa el día 10. Las fuerzas que nos atacan son considerables. Las columnas en combinación podían completar conjuntamente de 15 á 20 mil hombres. Por donde quiera que uno saca la cabeza tropieza con los *Panchos.*

Maceo y Diaz se baten hasta las tres de la tarde, hora en que nos disponemos á la marcha. En el camino del Rubí, una gruesa columna nos estorba el paso y se entabla tremenda pelea en que los gríngos dejan hasta las alpargatas.

Nosotros seguimos la marcha y quedan combatiendo al enemigo fuerzas de Rius Rivera, Delgado y Ducasse.

Nuestra marcha obedecía al propósito de pasar la trocha de Mariel y Majana, cosa que intentamos en la noche del 12, no pudiendo realizarlo á consecuencia de la mucha vigilancia ejercida por los españoles. El 13 repetimos la tentativa la cual fracasó por la misma causa que la noche anterior.

Entonces regresamos al Rosario, donde supimos que el jefe que mandaba las fuerzas que en aquel lugar nos combatieron era el mismo Weyler en persona. Este se puso á honesta distancia de nuestros tiros y no se atrevió á dirijir el combate personalmente como lo hacían nuestros generales. Escoltado por sus 20.000 hombres, aún no se creía seguro, y en su marcha, mientras creyó amenazada su vida, caminó á pié, llevando el caballo del cabestro y simulando ser un asistente.

Nosotros supimos que Weyler se había aproximado á las lomas, por un pobre viejo pacífico á quien hicieron pri-

sionero y el cual cobró con creces la acción de que fué víctima.

Referiré el hecho.

Cae el pobre anciano en poder de los españoles y lo obligan á viva fuerza á servirles de práctico hasta Candelaria, ó de lo contrario tenía que resignarse á morir macheteado. El viejo se somete, y lleva la columna á donde se le designa. Esta conducía un largo convoy de heridos entre los que iba el general Echagüe. Una vez en Candelaria, lo obligan á volver de nuevo á las lomas guiando como práctico otra columna. Poco antes de llegar al Rosario sobreviene la noche y nuestro viejo introduce á los gringos por una vereda ciega, obscura, intransitable. De pronto se detiene la columna:

—¿Donde está el práctico? preguntan.

Pero el práctico no pareció. El viejo, deslizándose por entre la manigua como si fuera un jubo se había escapado.

Los nuestros, avisados por el anciano patriota caen sobre la columna entronerada en aquel callejón sin salidas, y siembran en ellos la muerte y el desórden. Los españoles no saben por donde salir, y en medio del fuego de fusilería se oía el chocar de los cacharros y las imprecaciones de ellos al enredarse con los morrales en la manigua, saliendo al fin cada uno como pudo.

El combate del Rosario fué funesto para los españoles. Por donde quiera que pasaron se veían las señales evidentes del destrozo.

Los caminos de Oleaga, El Vizcaino, el Rubí etc,, denunciaban los signos de la mas completa derrota. Por do quiera se veían multitud de caballos muertos, alpargatas, sombreros, hamacas, ropas, víveres, armas, municiones; en fin, la *debacle*.

Maceo, poco antes de abandonar la provincia fraccionó las fuerzas de las Brigadas Norte y Sur en pequeños grupos los cuales se posesionaron de Bocú, Rubí, Las Animas, Romero, La Madama, El Inglés, La Ceiba, Los Barrenos, La Gloria. La Merced, Valparaíso, El Brujo, Chi pi, Rio Hondo, El Brujito, Sitio de Café, Sabana de Maiz, Sabanilla, El Toro, Cacho, Las Charcas, Hoyo Bonito, Las Cuevas, Río de Aura, etc, ete.

La ola Weyleriana continuó su marcha á través de las

lomas; pero su intento de aniquilarnos fracasó con el fraccionamiento de las fuerzas. Las lomas eran nuestras y por donde quiera que el gringo metía la cabeza, era recibido á tiros, saliéndo ellos duramente escarmentados.

Negar que esta campaña fué ruda y penosa para nosotros, sería caer en el quijotismo español, como lo sería tambien el pretender hacer creer que no nos hicieron daño alguno. Sesenta mil hombres repartidos en el pequeño territorio que comprende la provincia de Pinar del Río, forzosamente habían de darnos que hacer. Las enfermedades se cebaron en nosotros y el hambre se hizo sentir con todos sus horrores. Las reses escaseaban y los cochinos desaparecieron por completo. Las viandas se iban á buscar al campo enemigo y casi siempre co taban sangre; los bueyes se extraían de las trincheras y fortificaciones españolas y cuando esto faltaba, comíamos palmito, hojas de boniato, de calabaza, de yagruma, de tomates. jutías, caballos, mulos, majaes, gatos, perros, ratones, en fin, lo que se pudiera: la cuestión era vivir y pelear.

Weyler anunció al mundo *la pacificación* de Pinar del Río; pero despues de su pacificación quedábamos en el campo cerca de 4,000 hombres bien armados y se dieron rudos combates en Río Hondo, Calabrotes, El Rosario, Bocú, Las Animas, La Madama, Aranjuez, El Inglés, Santa Paula y San Miguel.

Solemne mentís que debía haber avergonzado al asesino y canalla mayorkín; pero que no preocupó por un momento el cinismo del sanguinario y feroz esbirro del gobierno español.

El sí, derramó mucha sangre cubána, pero en los pueblos, asesinando seres indefensos y matando de hambre en los barracones á los infelices reconcentrados. Marchó á España á disfrutar de los caudales que aquí robó, llevando sobre sí, junto con sus millones y las charreteras manchadas de sangre y cieno, la maldición de todo el pueblo cubano y la reprobación de todo el mundo civilizado.

RIO HONDO

En la brillante historia de la guerra en Vuelta-Abajo, resaltan con mayor brillantez, dos páginas hermosas, nutridas de admirables heroismos. Es una, la gigantesca marcha realizada por el General Maceo al Cabo de San Antonio en busca de la expedición de Rius Rivera, y la otra la campaña de este valiente general en Río Hondo.

Cuando los generales Maceo, Díaz, Miró y Bermudez, surcando las aguas del Mariel en débil bote, pasaron á la provincia de la Habana, y burlaron la *tremenda* trocha weyleriana; quedó Ríus Rivera hecho cargo del mando de las fuerzas en Pinar del Río.

Nadie mejor que él podía sustituir al león oriental.

Después que en el Rosario resistió todo el empuje de las hordas de Weyler, estableció su Cuartel General en Río Hondo, y al levantar allí su rústica tienda de guerrero mambí dijo:

—De aquí no me voy hasta que no se concluya la guerra.

No quería él decir con esta frase que pretendiera evadir rudas y arriesgadas operaciones; sino que allí, en Río Hondo, esperaría al enemigo, dispuesto siempre á com-

batirlo, á resistirlo y á disputarle aquellas posiciones.

Así debieron comprenderlo seguramente los *gringos*, puesto que venían con suma frecuencia á atacar al bravo puerto-rriqueño. En Río Hondo se peleaba casi todos los días; cuando más, transcurrían uno ó dos sin que viniera el enemigo, como para dar lugar á que ambos contendientes cojiéramos alientos para empezar de nuevo.

Ríus Rivera, tenaz en sus propósitos no abandonaba sus temidas posiciones y los españoles para encubrir su impotencia y la vergüenza de no poder lanzar de aquel reducto á los *cuatro ò seis forajidos* que los tenían en jaque, al dar sus notas á la mercenaria y corrompida prensa española—hoy cubana—enumeraban los combates allí sostenidos con distintos nombres. Unas veces era en la loma de la *Guinéa*, otras en *La Comadre*, otras en *La Botella* y otras en *Calabrotes*. Es claro, estos nombres existían realmente; pero eran las avanzadas de Río Hondo.

El enemigo exasperado ante los contínuos fracasos que recibía, ponía mayor empeño en exterminarnos; pero sus combinaciones se estrellaban ante la estratejia maravillosa de nuestro general.

Rius Rivera era un caracter; un verdadero general. Culto, ilustrado, valiente, calculador. No era déspota con los subalternos como casi todos nuestros generales—sino atento y cortés. A todos atendía con exquisita amabilidad. Resolvía todos los asuntos, sin entrar en rodeos ni permitir elucubraciones majaderas. El iba al grano. Se pasaba el dia en su pabellón, recostado en la hamaca meditando; y la noche escribiendo; casi no dormía. Al rededor de su pabellón no se veía ese enjambre de jefes y oficiales con el cuchicheo adulador de que tanto gustan la mayoría de los jefes superiores.

Era sobrio ¡oh! demasiado sóbrio para ser un general. Nunca fué su mesa, mesa de banquete. Comía lo que comíamos todos. Boniatos salcochados, *chopos* de malangas, *calalús* de yerba mora, verdolaga y hojas de calabaza, tomates y berro. El compartía con todos los *catauros* de azúcar que le traían y no se preocupó nunca de separar lo mejor para él.

Con hombres así se puede hacer la guerra. Dando ejemplos de valor, de constancia y de abnegación, todos le imitábamos y no hubiera bastado toda España para

lanzarnos de Río Hondo. Solo la debilidad y mala fé de algunos envidiosos hubiera podido causar la tremenda desgracia que puso en peligro la Revolución en Vuelta-Abajo.

Pero cuando más se mostraba Rius Rivera en toda su grandeza era en la hora del combate. Esperaba al enemigo con fría serenidad y dirijía la pelea con pericia de verdadero militar. Algunas veces no le acompañaban más que sus ayudantes: diez ó doce jefes y oficiales.

Cuando alguno le decía:

—General, por la izquierda se ha oído una corneta; debe ser algún flanco enemigo que viene á atacarnos en combinación.

El contestaba sin inmutarse:

—Ese es el eco de las cornetas que repercute aquí cerca.

—General—le replicaban—mire que ya el flanco está aquí cerca.

—Deje que se acerquen un poquito más.

Y cuando ya el enemigo estaba bien próximo, miraba con los anteojos y le decía á alguna de sus ayudantes:

—Mire, tírele á aquel que viene delante, para que sepan que estamos aquí. Apúntele bien.

Y caía el designado por el General, herido por el certero disparo del *cazador* mambí.

—Bien, muy bien—decía él,—ahora tírenle á aquel.

Y así se peleaba allí; con calma, sin atropellarse; y aquella calma á veces exasperaba á los que acompañaban al General, porque él no mandaba á hacer fuego sino cuando ya el enemigo estaba encima.

En Río Hondo fué donde él recibió á Mariano Guas y Gonzalo Jorrín, emisarios de Palmerola, que venían á proponer la autonomía.

—¿Ustedes vienen á incorporarse á las filas del Ejército Libertador?—les preguntó.

—No señor—contestaron desconcertados y sin saber que decir—venimos simplemente á cambiar impresiones.

—Pues entonces, quedan ustedes como prisioneros de guerra.—Contestó Rius Rivera, y dirijiéndose al Brigadier Vidal Ducasse le dijo: —Préndame é incomuníqueme á esos dos individuos.

Y la órden fué cumplida en el acto.

Luego reunió Consejo de Jefes, y se resolvió poner en libertad á los audaces y temerarios emisarios.

Cuando estos estuvieron en libertad les dijo:

—Si ustedes quieren, podemos cambiar impresiones; pero no les permito que hablen una sola palabra de autonomía.

Los prisioneros fueron tratados con esquisita amabilidad y cortesía; cuando en su conversación deslizaban alguna frase que pudiera tomarse como idea de sugestionar ó convertir á la autonomía á la rebeldía cubana, Rius Rivera decía:

—Veo que se sale usted fuéra de terreno. Vamos, simplemente, á cambiar impresiones

Los huéspedes, aunque la situación nuestra era sumamente difícil porque estábamos acosados por el hambre y carecíamos de toda clase de recursos, fueron obsequiados espléndidamente. Para ellos hubo buena leche, carne fresca, lechón asado, pan, vino chocolate, en fin, todo cuanto pudieran apetecer. Se les hizo ver que las fuerzas todas, tenían sus jolongos provistos de buena y abundante vianda y que la carne no faltaba.

Era necesario hacer creer á los españoles, que no nos faltaba de nada—cuando carecíamos de todo—y dió la casualidad de que los señores Guas y Jorrín llegaron en días en que la suerte nos deparó algunas provisiones.

El General les invitó á recorrer la provincia para que vieran el estado potente de la revolución, pero ellos rehusaron.

—Le advierto á usted—le dijeron—que mañana ó pasado viene Hernandez de Velazco con siete mil hombres á atacarle.

—Dígalo usted á Hernandez de Velazco—repuso el General—que le estoy esperando.

Los señores Guas y Jorrin, salieron agradablemente impresionados del campamento llevando en el ánimo el cnovencimiento de que los cubanos éramos invencibles.

Antes de marcharse, el General les entregó una copia de la circular que con motivo de su visita había dictado. Decía la circular, que todo aquel que viniera con proposiciones de paz que no estuvieran basadas en la independencia absoluta del país, sería pasado por las armas. Esta circular fué adoptada por el General en Jefe y por el

Consejo de Gobierno, y en virtud de ella, murieron algunos temerarios emisarios del Gobierno español.

Como se esperaba, á los dos días de esta visita, vinieron varias columnas en combinación á atacar á Rio Hondo; saliendo éstas, como siempre, duramente escarmentadas, sin que lograran echar á Rius Rivera de sus posiciones.

Un día, día aciago para los cubanos, el 28 de marzo de 1897, vinieron los españoles á atacarle. Rius Rivera se batía con su serenidad acostumbrada. El combate era reñido, rudo, tenaz. Con la incesante brega del pelear, del subir y bajar de lomas, de atacar y defenderse, con la debilidad que dá el hambre de muchos dias, el general síntió faltarle las fuerzs. No obstante, continuó firme en su puesto; pero un flanco enemigo ataca inesperadamente á los combatientes, los soldados españoles están ya encima y el general recibe una herida.. Rius Rivera, herido, desmayado y sin alientos, quedó solo con sus dos fieles: Bacallao, su Jefe de Estado Mayor, con herida reciente abierta, y Secundino Terry, su ayudante, herido en aquel momento. En vano trataron estos dos dignísimos patriotas de salvar á su General. ¡Si ellos también necesitaban de auxilios! Y sin embargo, prefirieron arrostrar la muerte antes que huir cobardemente y abandonar á su querido jefe. Los tres cayeron prisioneros. Terry fué vilmente asesinado en el camino, y Riuís Rivera y Bacallao fueron á purgar en obscuro calabozo el delito de amar la libertad y la independencia de su patria.

Las elevadas sierras de Rio Hondo fueron mudos testigos de las más heróicas proezas; allí se libraron los más sangrientos combates; allí se escuchó constantemente el estampido del cañón y el trueno de las descargas españolas, cuyos proyectiles desgranaban los cafetos cuajados de cuentas de sangre, yendo luego á incrustrarse en los troncos de los árboles. Es allí donde se pasaron más hambres, desnudeces y miserias; allí están las tumbas de muchos héroes anónimos y de centenares de españoles temerarios.

Rio Hondo sólo, fué una campaña; su héroe fué Rius Rivera.

LA MADAMA

Era el campamento de *La Madama* la residencia y Cuartel General del General Vidal Ducasse, el bravo é indomable oriental que tanto dió que hacer y que pensar á los defensores de la bandera roja y gualda.

Después de Maceo, Ducasse: él era el más valiente, el más tenaz, el más arrojado. El primero en la pelea, el último en la retirada.

Cuando en marzo ó abril de 1897, lo hirieron en la acción de Bocú, después de atravesar en camilla la terrible sierra de ese nombre, fué á La Madama á curarse.

Cicatrizada la herida estableció allí su centro de operaciones. De allí salían todos los planes y todas las combinaciones que aplastaban al enemigo, y desde entonces La Madama fué la pesadilla de los españoles.

Mucho tiempo pasó sin que los gringos se atrevieran á poner su planta en aquel lugar. Sabían que la empresa era arriesgada y había que pensarlo.

Casi todos los días había fuego muy cerca: Las Animas, Bocú, Rosario, Romero, Vizcaino: allí se peleaba á menudo y Ducasse corria, el primero, á donde se oían los tiros. Terminado el fuego, se volvía á su temida residencia sin que el enemigo se atreviera nunca á disputarle aquella porción de terreno.

Poco á poco fué este conociendo el terreno y las posiciones de La Madama por medio de exploraciones y confidencias.

Era público y notorio que allí había un gran campamento y era necesario acallar las habli̇llas de las gentes, atacándolo; por eso ellos, al cabo de tres meses de mucho pensarlo y mucho estudiarlo, se arriesgaron á llegar hasta las avanzadas.

De allí no pasaron, porque los nuestros, posesionados de las alturas, les hicieron salir como perros con latas en el rabo.

Volvieron otra vez, y dos y tres, y nunca se atrevían á llegar hasta el mismo campamento; hasta que un día, ya conocedores del terreno y posesionados de Las Peladas, —posiciones desde donde dominaban los cuarteles de La Madama y Aranjuez,—hicieron su entrada, bajo el fuego mortífero de los nuestros que ocupaban la Loma del Mulo.

Su permanencia en aquel lugar fué corta. No había paraguas que resistiera la lluvia de plomo que del Mulo les venía. Así es que, contra su costumbre, no quemaron el campamento, y se retiraron cargados de camillas con infinidad de heridos, y dejando entre los pomarrosales varíos cadáveres enterrados.

Volvieron luego con objeto de quemar el campamento. Entraron, y fueron recibidos con los honores que tal visita merecía. ¿Cómo sería la recepción cuando salieron á toda carrera, dejando junto á la misma casa del Cuartel General á uno de sus heridos?

El General Ducasse bajó en persona con su Estado Mayor, á practicar un reconocimiento en el campo de la acción. Allí se encontró al herido, y después de practicarle una buena cura, y sabiendo que al otro día se había de renovar el ataque, fué colocado el prisionero herido en el Cuartel General para que fuera recojido por los suyos. El infeliz soldado no quería de ninguna manera quedarse allí, sino venirse con los nuestros, previendo quizás que la generosidad española no estuviera á la altura de la generosidad cubana.

Al otro día, y como se había previsto, renovaron los *Panchos* el ataque. Nuestro fuego, certero, graneado y contínuo, sembraba en ellos el desconcierto y la desmo-

ralización. Desde nuestras posiciones se oían las voces de los oficiales españoles que á planazos hacían avanzar á los soldados.

Aquel dia lograron quemar el campamento, retirándose como el anterior con numerosas bajas.

Al practicar nuestro acostumbrado reconocimiento, vimos con horror, entre los escombros de la casa del Cuartel General, una masa informe carbonizada: ¡Aquellos bárbaros habían quemado vivo al soldado español que nosotros habíamos curado y salvado de la muerte!

¿Es esa la hidalguía española? ¿Es esa su generosidad? ¿Es valiente y noble la nación que quema á sus soldados porque heridos y abandonados de los suyos, se dejan curar del enemigo? Pero, á qué hacer comentarios, si ese es un pequeño punto, en la negra historia de España en Cuba?

....

La Madama continuó siendo siempre el objetivo principal de las columnas españolas. En sus combinaciones para exterminar á los mambises siempre entraba este campamento. Regularmente atacaban á un tiempo á *La Gloria*, *San Juan*, *Aranjuez*, *Santa Paula*, *Romero* y *La Madama*. Venían ocho ó nueve mil soldados con su correspondiente artillería, para atacar á unos doscientos que compondríamos en conjunto las fuerzas repartidas en los campamentos mencionados.

Las descargas se repetían incesantemente, los cañonazos no cesaban y á penas si lograban hacernos dos ó tres bajas, mientras ellos dejaban siempre entre los pomarrosales muchos muertos enterrados y se llevaban un largo convoy de heridos.

Una vez dispararon como veinte cañonazos desde la loma de la *Cachimba*, sobre la Vigía que tenía Ducasse en *Las Peladas*.

El vigía sacaba la cabeza, disparaba su mausser sobre los artilleros, y se acostaba en el suelo. Enseguida salía la granada hendiendo los aires, pasaba junto al bohío del pícaro centinela y...... nada. La artillería española no se hizo para los cubanos. Un cañón vomitando metralla contra un pequeño bohío y un solo hombre..... sin hacer daño ¿puede darse mayor choteo?

La Madama fué gran escenario donde se desenlazaron

dramas sangrientos de resultados funestos para las tropas españolas. Allí encontraron la muerte centenares de soldados enemigos y siempre la más vergonzosa derrota.

Pero también habíamos de tener nosotros allí nuestra página triste, como si el destino quisiera hacer aún más inmortal aquellos lugares.

Fué el 19 de febrero de 1898. El enemigo venía á atacarnos. Cuando sonaron en la guardia del Vizcaino los primeros tiros, el General Dacasse, recostado junto á una mesa, se quedó dormido. Todavía habían de tardar los españoles un cuarto de hora en llegar al campamento. A los diez minutos se despertó y contó un sueño que había tenido.

Soñó que la guerra se había concluido; que Cuba era libre é independiente, que todos nos habíamos vuelto á las poblaciones y él se había quedado en el monte.

Casi enseguida que terminó de relatar el sueño se presentó el enemigo y comenzó el combate. Aquel día no quería Ducasse pelear en sus posiciones acostumbradas, sino abajo, en el mismo campamento; como quien dice, á pecho descubierto. Se le hizo comprender que aquello era una temeridad y ocupó al fin la última posición.

Vidal Ducasse peleaba como siempre, bravo, sereno, sin inmutarse. Se echaba su mausser argentino á la cara, apuntaba con calma sajona y disparaba. Era un gran tirador y cazaba á los españoles como quien caza palomas.

Pero estaba escrito que el teatro de sus épicas hazañas había de ser su tumba. El fatídico sueño del indomable guerrero se realizó. La guerra terminó y el se quedó en el monte.

Una bala enemiga lo derribó herido, y como á la media hora expiraba en los brazos de los seis ó siete jefes y oficiales que le acompañaban y que formaban su Estado Mayor El joven y valiente comandandante manzanillero Manuel Hériman quedó sólo resistiendo el empuje del enemigo, mientras se ponía á salvo el cadáver de Ducasse.

Aquel día fué el último que los soldados españoles subieron á La Madama. Desde entonces se cerraron aquellas montañas como el triste panteón de un grande.

Allí reinará hoy el silencio magestuoso é imponente de los cementerios. Junto al montón de tierra que cubre aquel cuerpo inanimado, brotarán tristes las silvestres flo-

recillas; los pájaros entonarán cánticos melancólicos, y la brisa susurrará entre las dolientes ramas de los árboles, endechas de dolor.

«¡Dios mio, que sólos se quedan los muertos!»

FIN